

«PUERTAS Y PUERTOS»

Introducción. Hablamos muchas veces de que la fe es cuestión de experiencia. Que no basta *comprender, saber, escuchar* o *memorizar* los diferentes artículos del Credo cristiano, sino que todo lo que conocemos de Dios que nos llega, porque otros nos lo contagian, o porque lo leemos en su Palabra, se tiene que llegar a encarnar, a hacer vida en nosotros, e influir y a afectar al resto de nuestro ser. Una mente tocada por el Espíritu que se siente capaz, valiosa, amada. Una corporalidad llena de fortaleza, de generosidad, de valentía e intrepidez. Creatividad que nace del amor. Estamos llamados a convertir la teoría en experiencia. Y lo que sabemos en un acontecimiento que nos convierta en testigos. «Experiencia» (del latín *ex- pareo*) significa «partir», «ponerse en camino». Vivir una experiencia es ponerse en marcha, decidirse a caminar, dejar la parálisis y la comodidad y disponerse a dar los siguientes pasos.

De «*pareo*» provienen también «puerta» y «puerto». Toda experiencia es una puerta que se abre, un umbral que posibilita un nuevo tramo del camino. Y en toda puerta que se abre, o se cierra está la presencia paciente del Señor que nos espera, nos anima, nos enseña, nos acompaña.

«Mira que estoy a la puerta llamando. Si uno escucha mi llamada y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor lo haré sentarse en mi trono junto a mí, igual que yo vencí y me senté junto a mi Padre en su trono. Quien tenga oídos escuche lo que dice el Espíritu a las Iglesias» (Ap 3, 20-22).

También es un puerto, un lugar de llegada donde repostar para partir de nuevo. Cuando nos exponemos a lo que nos sucede, cuando llegamos al fondo de lo que vivimos, somos traspasados y transformados por lo que «*experienciamos*». Al relatarlo con la perspectiva del tiempo, lo comprendemos mejor. El acto de narración permite tejer las tramas dispersas y descubrir su significado. El relato mismo deviene un proceso de revelación.

Lo que Dios nos dice. «Entonces, les habló otra vez: Os aseguro que Yo soy la puerta del rebaño. Todos los que vinieron antes de mí eran ladrones y asaltantes; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entra por mí se salvará; podrá entrar y salir y encontrar pastos. El ladrón no viene más que a robar, matar y destrozar. Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10,7-10).

La puerta que es Jesús es la invitación permanente a dejar los miedos, la esclavitud, el cálculo, los temores. Hay puertas que aprisionan, que alejan, que encierran. La puerta del evangelio es la entrada al corazón de Dios, a su casa, donde cabemos todos, donde hay sitio para todos.

«Entrad por la puerta estrecha; porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¡Qué estrecha es la puerta!, ¡qué angosto el camino que lleva a la vida!, y son pocos los que dan con ella» (Mt 7,13-14).

En la puerta no cabe nada más que lo que somos. Nada de accesorios, ni de complementos. No se puede entrar cargados, solo lo que somos capaces de amar y que se queda para siempre en cada uno de nuestros corazones. Nos quiere el Buen Dios ligeros de equipaje, sin lastres del pasado, sin seguridades para el futuro, sin trasteros que hacen muy pesado el trayecto. Trasteros emocionales llenos de nostalgias y de recuerdos que nos roban la sorpresa y el asombro de todo lo que nos pasa y que es profundamente especial.

«Pero gritaron al Señor en su angustia y los libró de la tribulación. Envío su palabra para curarlos, para salvarlos de la extinción. Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace por los hombres. Ofrezcanle sacrificios de acción de gracias y cuenten sus acciones aclamándolas. Se adentraron en naves por el mar, comerciando por la extensión del océano. Contemplaban las obras de Dios, sus maravillas en lo profundo. Mandó alzarse un viento tormentoso que hinchaba el oleaje. Subían a los cielos, bajaban al abismo, el estómago revuelto por el mareo. Rodaban y se tambaleaban como borrachos, y no les valía su pericia. Pero gritaron al Señor en su angustia y los libró de la tribulación. Apaciguó la tormenta en suave brisa y enmudeció el oleaje. Se alegraron de aquella bonanza, y los condujo al ansiado puerto seguro» (Sal 107,19-30).

Cómo podemos vivirlo. Es chula la imagen de la puerta, que se abre, sabiendo que hay alguien que nos espera, desde toda la eternidad. «Llamad y se os abrirá». Bienvenido, *¡Te esperaba!* Más bonita la imagen del puerto, de saber que llegamos cada día, al fin de la etapa, a estar más cerca de lo definitivo. Va pasando el tiempo, pero nos acerca a esos brazos llenos de amor y de cariño. La fe, cuando se vuelve experiencia, nos introduce en una historia de confianza, de abandono, de dejar los cálculos y las medidas, para entrar en el seguimiento de aquel que camina por delante de nosotros. Camino, verdad y vida. Buen pastor que nos guía hacia los verdes pastos. Que sacia, que llena, que calma.